

2560

Hoy, como hace cuatro años

Los laosianos aún aguardan soluciones

Cuando en 1979 el mundo presenciaba horrorizado el drama que se vivió en Laos, y luego las desgarradoras escenas de los barcos en que vagaban hacinados por el mar quienes querían huir de ese infierno, pocos imaginaban —menes aún nuestro país— los imprevisibles sucesos que sobrevendrían.

El gobierno del Proceso, quizá por salvar la imagen de una Argentina acusada ante los foros internacionales por la violación de los derechos humanos, comulgó entonces una desinteligencia que hoy le toca pagar a una democracia incipiente y abrumada por el peso de un pasado reciente, sin tener en cuenta el factor cultural, elemento clave para emprender una iniciativa de tal envergadura, acogió en esta tierra a gentes desesperadas, trastornadas del flagelo de la guerra.

Sin entrar a analizar los pormenores de este error, al que se podría calificar de garrafal, lo cierto es que ante la realidad de los laosianos dista mucho de acercarse a la situación de dignidad que merece cualquier ser humano.

Lo reiteramos: aquí hubo un error. Y su mayor gravedad consiste en haber mentido con respecto a nuestro país y a sus posibilidades concretas. Según lo indican los mismos laosianos, antes de venir a Argentina se les pintaron como un paraíso. Casa, comida, trabajo y educación eran prometidos a través de una intensa propaganda. Seguridad, bienestar y progreso fueron los "slogans" que atrajeron a estos incautos cuando tuvieron que elegir.

No es de extrañar entonces que cuando arribaron los primeros contingentes hayan solicitado el pago de su trabajo en dólares; tampoco debe sorprender el hecho de no aceptar el rudo trabajo del campo, o las condiciones de una vida austera y sin derroches. Aquello de que lo prometido es deuda no corrió y de allí el triste concepto de "mentrosos" con que se refiere a nosotros. Desde esta perspectiva hay que retrotraerse, necesariamente, al tema cultural. No puede haber nunca entendimiento entre quienes manejan códigos diferentes, es flagito pretender que los laosianos escuchen razones que exceden su capacidad de comprensión. Fueron concebidos en moldes distintos a los nuestros y por lo tanto con diferentes concepciones sobre el hombre, la vida y el universo. Por otro lado, el engaño (ya que hablamos de los derechos humanos) no se justifica jamás, sobre todo cuando se juega con la credulidad de los oprimidos.

[Se quedan o se van?]

A través de El Tribuno muchas veces se dio a conocer el disgusto de estos refugiados, e incluso se llegó a recurrir a los fun-



Familias de refugiados laosianos en Salta se encuentran aún padeciendo hambre y miseria. Una pesada herencia que clama por una solución. A pesar de las promesas incumplidas ellos aún esperan que llegue el momento de que se hagan realidad.



Hechambramiento y promiscuidad son una constante en la vida de los laosianos, y quienes más las sufren son los niños. De derecho lactarlo les espera. Sus padres llegaron hacinados hace cuatro años, hoy nada ha cambiado.

dionarios proclamales sobre el tema. Durante el Proceso, cuando al siquiera se permitía al periodismo visitarlos o tomar fotos, algunos audaces buscaron al extremo de anunciar la construcción de viviendas con destino a estos sufridos habitantes de esa pequeña nación asiática, otros levantaron falsas expectativas con respecto a su empleo y llegaron a cidos del público los ruegos y numerosos problemas de que fueron protagonistas.

A decir verdad, mientras se denunciaba la rotura de los vidrios del hospital Arenales (donde todavía siguen alojados) y criticaban su comportamiento

antisocial a la vez que eran explotados de los lugares donde vendían sus mercancías y —al parecer— su deseo de retornar a Laos nunca fue considerado con seriedad.

En la actualidad, si bien no pagan alquiler, agua ni luz, sus condiciones de vida no dejan de ser lamentables, y así lo expresan ellos. A través de las Naciones Unidas les envían carne, arroz y pan, pero ellos saben que eso no es suficiente para mantener una dieta adecuada, sobre todo si se considera que la mayoría son niños. Los pocos que tienen la suerte de vender sus tejidos y prendas solo gastan en alimentos, quedando fuera de

su alcance los medicamentos o el ahorro.

Según lo dieron a conocer, algunas autoridades los amenazaron con sacarlos de allí (del hospital), pero sin indicarles hacia dónde; en cuanto a su regreso a Laos, lo repetimos, sigue siendo un interrogante.

En un momento como el que vive Argentina, tratando de mantenerse a flote sobre el endeble bote de la vida institucional, tan magullada es imprescindible que a corto plazo se resuelva esta situación, no sólo por el bien de esta gente sino porque representan, fundamentalmente, una carga moral para todos.